



Dos operarios trasladan, en 2013, el famoso retrato de Benito Pérez Galdós, realizado por Joaquín Sorolla, de su Casa Museo de Las Palmas para ser enviado a una exposición celebrada en la Biblioteca Nacional en Madrid.

Hablemos spanglish

Si una palabra puede significar cualquier cosa, si, con la aceptación o tolerancia de la RAE, todas ellas van convirtiéndose en inmensamente polisémicas, la lengua va perdiendo su sentido. 'Brutal', sin ir más lejos, se ha convertido en el español contemporáneo en sinónimo de estupendo, maravilloso o magnífico.

A finales del pasado siglo, publiqué en la última página del diario *El País* una breve crónica sobre el uso generalizado del *spanglish* entre la población hispana de Nueva York. Su tono era jovial, con particular énfasis en eso que se ha dado en llamar “falsos amigos”: las palabras de la lengua inglesa supuestamente emparentadas con palabras de la española, pero que en absoluto significan lo mismo. Por ejemplo, había en la Gran Manzana establecimientos que anunciaba que *vacunaban carpetas* cuando querían decir que limpiaban alfombras. O que *liberaban groserías* cuando lo que hacían era expedir alimentos.

Tuve claro entonces que el *spanglish* procedía del escaso conocimiento que tenían sus usuarios -humildes emigrantes en su mayoría- tanto del inglés como del castellano. Eso era lo que hacía que *carpet* fuera traducido como carpeta y no como alfombra. Que *topic* se tomara como tópico y no como tema; *actually* por actualmente y no realmente; *exit* por éxito y no salida; *recollection* por recogida y no recuerdo; *injury* por injuria y no herida; *ingenuity* por ingenuidad y no ingenio; *library* por librería y no biblioteca; *argument* por argumento y no discusión, y *terrific* por terrorífico y no genial.

Señalaba en mi crónica que el *spanglish* tenía sus partidarios en el mundo de la cultura hispana estadounidense, pero también sus detractores. Entre los primeros citaba a la revista *Latina*, que lo consideraba una simpática expresión de la vida entre dos culturas, y publicaba con desparpajo titulares como este: “Mi padre’s infidelity. Are cuernos genetic?”. Y entre los segundos, a Roberto González Echevarría, catedrático de Literatura Hispánica en Yale, que lo consideraba “una invasión del español por el inglés”, todo un atropello que le negaba su esencia y dignidad a “la lengua de Cervantes, Lorca, García Márquez, Borges y Paz”.

Han transcurrido cinco lustros desde aquella crónica neoyorquina y, por mor de la aplastante hegemonía del inglés en las finanzas y los negocios, la política y el entretenimiento, la informática e internet, resulta que el *spanglish* también es hablado con asiduidad en la mismísima patria de Cervantes. Sobre todo, por las generaciones jóvenes, que consideran absolutamente normal llama *CEO* al presidente, consejero delegado o director general de su empresa, *runner* al corredor, *gamer* al jugador, *foodie* al comidista, *rider* al repartidor, *cake* al pastel, *DJ* al pinchadiscos, *show* al espectáculo, *mute* al silencio o *cool* a lo bueno.

Ocurre en todos los ámbitos de la vida. En las redes sociales, por supuesto. El éxito en Instagram, Facebook y Twitter se mide por el número de *followers* que se tenga y de *likes* que se reciba. Pero también ocurre en ámbitos que debieran prestarle particular atención al buen uso de la lengua propia, como, en mi anticuada opinión, es el del periodismo. Nuestros deportistas ya no participan en eliminatorias, sino en *play-off*. Nuestros futbolistas ya no marcan tres goles, sino logran un *hat-trick*. Nuestros escritores ya no venden muchos libros, sino que fabrican *best-sellers*. Nuestros universitarios ya no publican artículos, sino *papers*. Ya nadie tiene fama, notoriedad o prestigio, sino que es *celebrity* o *influencer*. Tampoco ninguna persona es compradora, sino *shopper*, ni adicta a la moda, sino *fashion victim*. Y ya dejaron de rendirse homenajes a quien los merece, ahora se le rinden *tributos*.

No tengo nada en contra del inglés, que conste. Al contrario, me gusta mucho esa lengua, que utilizo de modo prácticamente cotidiano desde que empecé a ganarme la vida como corresponsal internacional de *El País*, hace ya de esto casi cuatro décadas. Siento un enorme placer al leer una historia de Hemingway en el idioma en que la escribí, ver una película de Howard Hawks en su versión original o

intentar explicarme en mi pedregoso inglés con los guiris de Andalucía. Pero, para qué negarlo, considero absurdo trufar mis textos -o mis conversaciones con hispanohablantes- de palabras inglesas que tienen una perfecta equivalencia en castellano. Lo considero tan pretencioso como pretencioso.

Alternativas tan viejas como eficaces

Pobreza y pretenciosidad: me temo que esto es lo que subyace en la extensión del *spanglish* en las tierras del Quijote. Aquí los jóvenes, incluidos los que trabajan en medios de comunicación, son cada vez menos leídos, así que adoptan de modo automático las palabras y fórmulas inglesas que les llueven a diario desde los mundos de los negocios, el ocio audiovisual y el ciberespacio. Desconocen que tienen alternativas tan viejas como eficaces en su lengua natal. Y piensan que emplear con fruición anglicismos les hace modernos y universales.

El español de la calle y los medios es cada vez más simplón. Ya no hay alternativas, posibilidades o probabilidades en nuestro lenguaje, ahora tan solo existen opciones. Sin duda, es porque, en el mundo extremadamente competitivo del siglo XXI, *losing is not an option*. Ahora ya no se desea, prefiere, planea, propone, escoge, desea o practica nada, ahora todo ello ha sido reemplazado por *apostar*. Hasta nuestros políticos apuestan por una revalorización de las pensiones o una reducción de las emisiones contaminantes. Sin duda, es porque *bet365* es la fórmula del éxito global. En un mundo que exalta el narcisismo y el exhibicionismo, al autorretrato se le denomina *selfie*. En una cultura que adora el poder, se emplea *potente* para cualquier

“EL GRAN ALGORITMO HABLA INGLÉS, EL DE LOS ANGLOSAJONES, PERO TAMBIÉN EL DE LOS PROGRAMADORES RUSOS O CHINOS, LEJOS DE LA RIQUEZA DE LA LENGUA DE SHAKESPEARE”

cosa buena, extraordinaria o excelente. Ya no se aplica o ejecuta tal o cual medida, sino que *se implementa*. Y se termina cualquier frase banal con el irritante latiguillo *¿vale?*, lo que supongo que viene a ser una versión castiza del americano *Okey?*

Muy probablemente, un colega francés, italiano o alemán podría decir lo mismo que yo respecto a sus sociedades. Con la excepción, quizá, de Corea del Norte, la americanización es universal. Vivimos en la era de Big Brother, aunque este Gran Hermano no sea un individuo tiránico como el Hitler o el Stalin del siglo XX, sino una nebulosa de corporaciones y servicios secretos que aquí mismo bauticé como el Gran Algoritmo. Y, no le demos más vueltas, el Gran Algoritmo habla en inglés, el de los anglosajones, por supuesto, pero tam- >

“LA RAE LLEVA AÑOS ADOPTANDO LA POLÍTICA DE ACEPTAR EN SU DICcionario CUALQUIER CHUSCO ANGLICISMO QUE LA CALLE Y LOS MEDIOS CONSIDEREN NORMAL, COMO ES EL CASO DE ‘NOMINAR’ POR PROPONER O EL DE ‘TESTAR’ POR ENSAYAR”

bién el adoptado por los programadores paquistaníes, indios, rusos o chinos. Es un inglés muy lejano de la riqueza de la lengua de Shakespeare, ajeno a sus sutilezas, matices y variantes. Es un inglés corto y palurdo, comprensible para esa inteligencia artificial de Siri o Alexa, que, a tenor de mis experiencias, tiene de momento poco de inteligencia y mucho de artificial.

Ese inglés oye, pero no escucha. Es poco dado a los debates profundos, al intercambio de ideas complejas, a la búsqueda de conclusiones que puedan sintetizar propuestas diferentes. Prefiere terminar muy pronto con frases breves e hirientes que puedan ser reproducidas por las televisiones y las redes sociales. En la España contemporánea hemos dado en llamarle *zasca*, que al menos es un vocablo local. Recogido en el diccionario de la Real Academia Española (RAE) como “respuesta cortante, chasco o escarmiento”.

La resistencia está cada vez más desmotivada, cuando no abiertamente rendida. El filólogo Alberto Gómez Font ha intentado esa resistencia durante lustros desde la Fundación del Español Urgente (Fundéu), se ha esforzado para que nuestro periodismo no se dejara llevar por la pereza y se contaminara de fórmulas tan ajenas como innecesarias. Intentó cerrarle el paso al empleo de *bizarro* -generoso, gallardo, lleno de noble espíritu, lozanía y valor- como extraño, raro, insólito o extravagante, una contaminación galicista y anglicista. Intentó que no se generalizara el uso de *ignorar* como no hacer caso, no tener en cuenta, desoír, prescindir o desestimar, un error sobre el que ya había alertado Fernando Lázaro Carreter en la primera edición del *Manual de Estilo de la Agencia Efe*, en 1979. En español ignorar quiere decir desconocer, no saber una cosa; el inglés ignore supone hacer caso omiso de una persona o cosa ya conocidas. “Menos mal”, dice ahora Gómez Font, “que nuestros hermanos mexicanos inventaron un precioso verbo —ningunear— que terminó llegando a España”.

Dura fue también la pelea de Fundéu para que *nominar* no se convirtiera en sinónimo de ser candidato a un premio o un cargo. En nuestra lengua, nominar era dar nombre a una persona o cosa, bautizar, por ejemplo. Pero ese anglicismo popularizado por los Óscar terminó triunfando en España con los programas televisivos en los que se encierra a unas personas en una casa, isla o granja, para ir siendo expulsados poco a poco, hasta que una gane el concurso. Esos programas decidieron que a los candidatos a la expulsión se los *nomina*. Se trataba de otra mala traducción del inglés, donde *nominate* significa proponer una candidatura o nombrar para un cargo, lo que en español antes llamábamos propuesta o nombramiento.

El reto de lo complicado

Remove en español, recuerda Gómez Font, era mezclar dando vuel-tas con la cuchara, y no tenía el sentido anglicista de *remove*: cam-

biar de sitio, quitar, sacar, extraer, extirpar, hurtar, robar, eliminar, quitar de en medio, llevarse, apartar... En cuanto a la palabreja *rol* nos llegó del francés y el inglés para reemplazar a las voces de papel o función propias de la lengua de Cervantes. Pero aún peor fue lo de *testar* y *testado* usado hoy masivamente en los medicamentos y productos cosméticos para informar de que han sido ensayados, probados controlados, experimentados o examinados científicamente. En el español de no hace tanto, *testar* suponía hacer testamento. “Testar clínicamente podría ser una forma de explicar que alguien hizo su testamento en la clínica, cuando agonizaba, pero eso no tiene nada que ver, eso espero, con lo que hay en los estantes del armarito de mi baño”, bromea el filólogo.

Como nominar o remover en el sentido anglosajón, *testar* y *testado* -del verbo inglés *to test* y su participio *tested*- terminaron siendo aceptados por la Real Academia de la Lengua. Así que Gómez Font arrojó la toalla, tal y como contó en un librito delicioso llamado *Errores correctos (mi oxímoron)* (Pie de página, 2017), rematado con otro titulado *Hablemos así* (Pie de página, 2019). En lo personal, sin embargo, el que fuera coordinador de Fundéu prefiere seguir empleando un buen español. “Hablar y escribir mal es fácil e inelegante; hablar y escribir bien es complicado y glamuroso”, dice. “No nos abandonemos, pues, ante lo fácil, y aceptemos el reto de lo complicado”.

Ah, me dirán ustedes, ya no nos queda ni la RAE. Pues parece que no, o cada vez menos. La RAE lleva años adoptando la política de aceptar en su diccionario cualquier chusco anglicismo que la calle y los medios consideren normal, como *nominar* por proponer o *testar* por ensayar. Y digo yo: si no limpia, fija y da esplendor, si acepta de buen grado cualquier cosa, ¿para qué sirve semejante institución, aparte de para organizar saraos? Me pregunto si no podríamos ahorrarnos los contribuyentes lo que pueda costarnos su mantenimiento.

Un espléndido chiste de El Roto publicado en *El País* el 14 de diciembre de 2019 mostraba a un caballero con barbita y gafas redondas que, de espaldas a una biblioteca y llevando en las manos un ejemplar del Diccionario, sentenciaba: “Estamos vaciando las palabras de cualquier significado para que podáis hablar libremente”.

Pues sí. Si una palabra puede encarnar cualquier cosa, si, con la aceptación o la tolerancia de la RAE, todas ellas van convirtiéndose en inmensamente polisémicas, la lengua, creo, va perdiendo su sentido. *Brutal*, por ejemplo, se ha convertido en el español contemporáneo en sinónimo de estupendo, maravilloso o magnífico. Igual es que esa libertad sobre la que ironizaba El Roto es la del primate más vociferante en la jungla prehistórica. ■